

Madre Alberta: Un Corazón que Formó Corazones



Érase una vez en la hermosa isla de Mallorca, en un pueblecito llamado Pollensa, comenzaba la historia de la familia Giménez. El papá se llamaba Alberto y era un valiente militar que siempre cuidaba de todos con disciplina y amor. A su lado estaba la pequeña Alberta, una niña de mirada curiosa que, desde muy pequeña, sentía que su vida sería una gran aventura guiada por la fe. En su hogar, los libros y los mapas eran sus mejores compañeros de juegos.



El momento más especial para Alberta ocurrió cuando apenas era un bebé. Fue el día de su bautismo, el 7 de agosto de 1837. Ella guardaba ese día en su corazón como el inicio de su camino con Dios. Solía decir una frase preciosa: "Nací para el cielo y a él dirigiré todas mis aspiraciones". Para Alberta, ser bautizada significaba que su luz interior brillaría siempre para ayudar a los demás.



Cuando Alberta creció, su familia se mudó a la ciudad de Palma. Como en aquel entonces no había tantos colegios, sus padres contrataron a un profesor particular muy inteligente llamado Francisco. Francisco no solo le enseñaba gramática y ciencias, sino que compartía con ella el amor por el aprendizaje. Poco a poco, entre lecciones y charlas sobre el futuro, Alberta y Francisco se enamoraron y decidieron caminar juntos por la vida.



Alberta tenía un gran sueño: quería ser maestra para enseñar a los niños a ser mejores personas. Para lograrlo, viajó con su familia a Barcelona, donde estudió con mucho esfuerzo hasta obtener su título. Al regresar a Mallorca, celebró junto a Francisco el día más feliz de sus vidas: su boda. En una iglesia bañada por la luz de las vidrieras, prometieron crear un hogar lleno de amor y dedicación a los demás.



La vida de Alberta tuvo momentos difíciles en los que se sintió triste, pero su fe siempre la mantuvo en pie. Un día, recibió una visita que cambiaría todo: el Señor Obispo vino a buscarla. Él sabía que Alberta era la maestra más preparada y de mejor corazón de toda la isla. Por eso, le pidió una misión muy importante: encargarse de un antiguo colegio para niñas que necesitaba una guía valiente para volver a abrir sus puertas.



Alberta aceptó la misión y transformó aquel lugar en el Colegio de la Pureza. Ella decía que su labor era "la misión de formar corazones", y lo hacía con muchísima alegría. En sus clases, las niñas no solo aprendían a leer o a coser, sino que aprendían a ser felices y a confiar en Dios. Alberta siempre estaba allí para darles un consejo cariñoso, convirtiendo el colegio en una gran familia donde todos se sentían queridos.



Después de muchos años dedicados a enseñar y a crear escuelas, Madre Alberta partió al cielo el 21 de diciembre de 1922. Aunque ya no estaba físicamente, su espíritu se quedó en cada rincón de sus colegios. Hoy en día, su recuerdo se mantiene vivo con flores frescas y oraciones, recordándonos que una vida entregada a los demás es el regalo más bonito que podemos dejar en el mundo.



Para que su obra nunca terminara, Alberta fundó la congregación de las religiosas de la Pureza de María. Muchas mujeres jóvenes, inspiradas por su valentía, decidieron seguir sus pasos. Madre Alberta les enseñó que educar es un acto de amor puro. Juntas, comenzaron a viajar y a abrir nuevos colegios en muchos lugares, llevando su mensaje de luz y educación a niños de todas partes.



¡Ahora te toca a ti ser parte de esta gran aventura! Cada vez que eres amable, cada vez que ayudas a un compañero o que estudias con alegría, estás haciendo que el sueño de Madre Alberta siga vivo. Tú también tienes la misión de formar tu propio corazón para que sea grande y generoso. Recuerda siempre que, al igual que Alberta, tú también puedes hacer cosas maravillosas con amor.